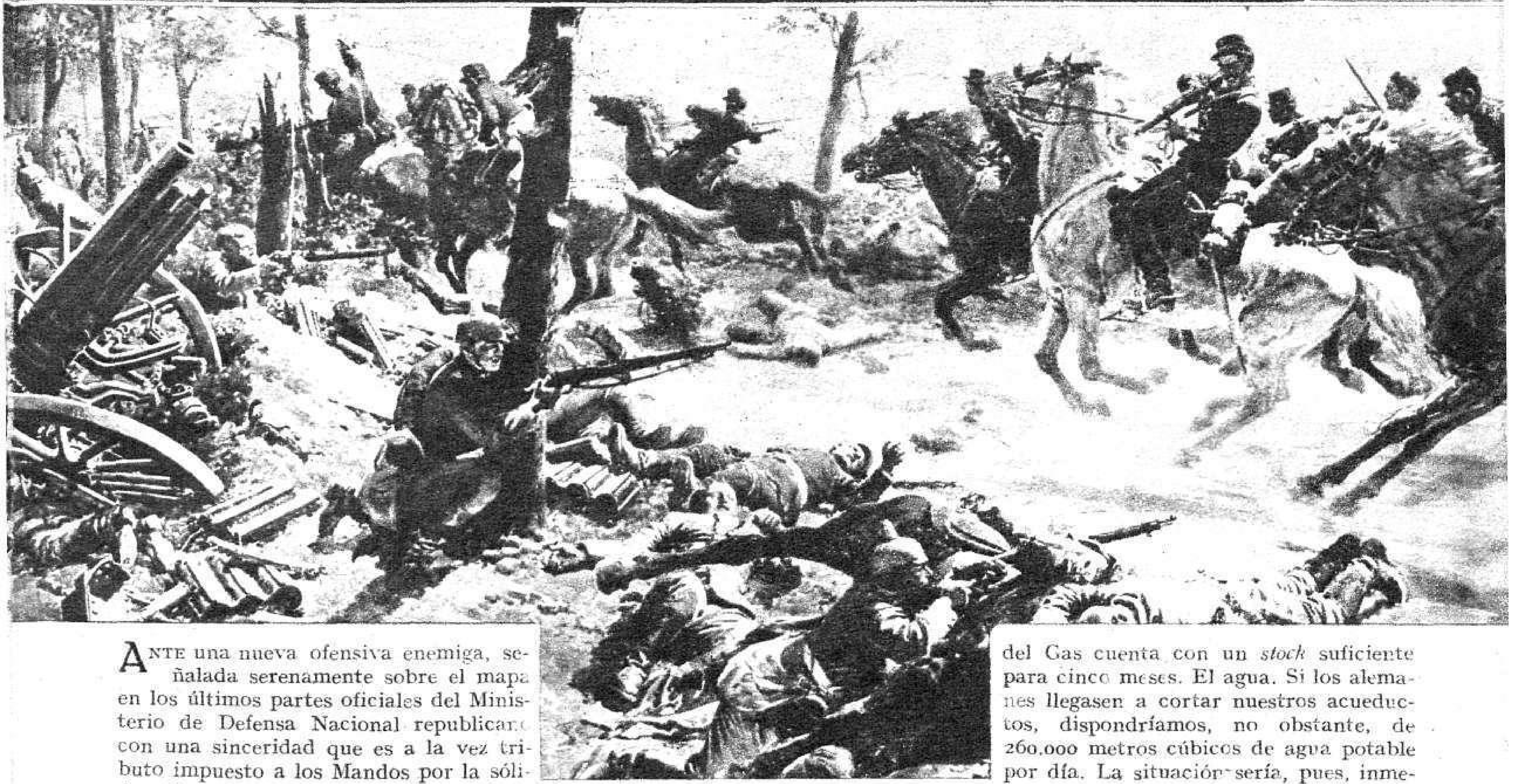
AÑO XXVIII
Número 1.378
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

# mundo gráfico

Miércoles 30 de Marzo de 1938

40



## Las jornadas que en la guerra parecen decisivas y no lo son

# Cuando los alemanes llegaron a las puertas de París

ANTE una nueva ofensiva enemiga, señalada serenamente sobre el mapa en los últimos partes oficiales del Ministerio de Defensa Nacional republicano con una sinceridad que es a la vez tributo impuesto a los Mandos por la sólida adhesión del pueblo, y expresión de la confianza de que, a través de cualquier suerte de circunstancias, en la jornada decisiva la victoria habría de ser de la República, vuelve a evocarse, como un ejemplo alentador, aquel avance de los Ejércitos alemanes, en 1914, hacia París. Parecía entonces que París no iba a tener puertas, que sus accesos serían fáciles para los ímpetus de conquista del invasor. Ya Bélgica tan atrás. Y media Francia devorada por la fuerte dentellada de la primera Potencia militar de Europa. El Gobierno, en la necesidad de más amplios espacios para sus movimientos desembarazados, se había trasladado a Burdeos cuando París medía su superficie y le resultaba demasiado estrecha para trazar en ella acaso el último reducto de su resistencia dramática.

Frente a frente se erguían, como desafiándose, la aguja de la Torre Eiffel y la punta de acero del casco orgulloso del general von Kluck.

París atiende rápidamente a sus defensas. Son los días de trabajo de fortificación ininterrumpido. Cuando el gobernador militar, que asume el mando de la plaza, ordena a la Prefectura del Sena que—mientras las brigadas de trabajadores alzan parapetos, abren trincheras, tejen alambradas, y a París acuden ya en densa formación de combate las unidades del Ejército más duramente acorazadas de heroísmo—trace sobre el censo de la población civil no evacuada la estadística de las necesidades de los no combatientes, como una medida defensiva que tendría también decisivas consecuencias en los resultados de la lucha.

Los cabezas de familia se hallan obligados a hacer constar su estado civil y el de cuantas personas habitan con ellos, haciendo especial mención de los niños menores de quince meses, así como de los enfermos que se encuentren sometidos a un determinado régimen alimenticio, para que la Administración pueda calcular con relativa exactitud la cantidad de leche y de alimentos especiales que deberán ser distribuídos. París se dispone a soportar un asedio y a que las circunstancias no le obliguen a capitular.

«No crean los parisienses—declara a un periódico monsieur Mithonard, presidente del Consejo Municipal de París, que sólo desde ahora nos preocupamos del abastecimiento de la ciudad en el trance apurado del momento presente. Se recordará que hace ya algunos meses el Consejo Municipal puso espontáneamente a disposición del departamento de Guerra un crédito importante para asegurar la provisión de trigo procedente de la Intendencia Militar, y las existencias en almacén son hoy muy superiores a las cantidades de las necesidades previstas. Tampoco careceremos de carbón, pues la autoridad militar lo ha acumulado en cantidades enormes. Sólo la Compañía del Gas cuenta con un *stock* suficiente para cinco meses. El agua. Si los alemanes llegasen a cortar nuestros acueductos, dispondríamos, no obstante, de 260.000 metros cúbicos de agua potable por día. La situación sería, pues, inmejorable. Por otra parte, el prefecto del Sena ha propuesto al Consejo Municipal que con destino a la población civil adquiera grandes cantidades de comestibles con exceso de la provisión normal. Esperemos que no nos veamos obligados a consumir estas vituallas en un París sitiado. Pero obremos, sin embargo, como si el cerco hubiera llegado a ser una realidad.»

Frente al enemigo de Francia ya no hay diferencias de opinión entre los franceses. La idea de la resistencia a todo trance vive en el ambiente y se ha apoderado de todos los cerebros. Hasta los sindicalistas—la organización más apartada de los conceptos políticos y sociales de todos los Gobiernos—se ofrecen para formar una legión de anarquistas armados para la defensa de París, a las órdenes del general Gallieni.

Mientras tanto, las tropas alemanas pasan por delante de las fortificaciones de París, sin atacar, como disponiendo el sitio y la brecha que pretenden abrir.

Pero los brazos de los soldados y los brazos de los no combatientes se fundían en París, modelados en un mismo trazo y en un solo ademán: el de la victoria. Y él fué el que, antes de que las calles de la capital francesa se dejaran rozar por la punta de la bota militar alemana, salvó a París...

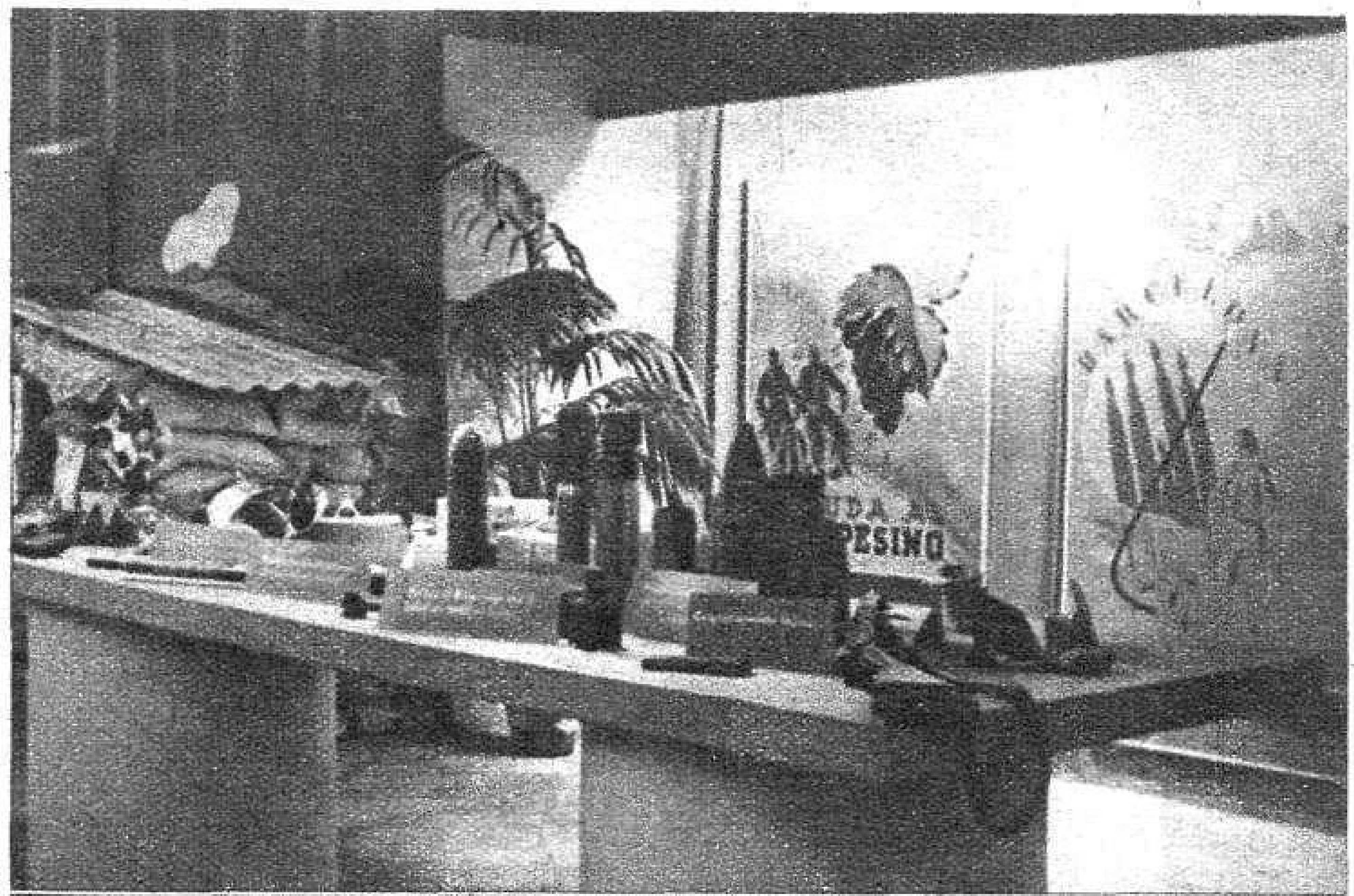
El 6 de Septiembre, por Saint-Denis, parecía que el Kaiser asomaba ya sus bigotes sobre París, entre las puntas de las bayonetas de los Ejércitos sitiadores. El Marne cambiaba toda la fisonomía de la guerra. ¡Pero el Marne fué después!

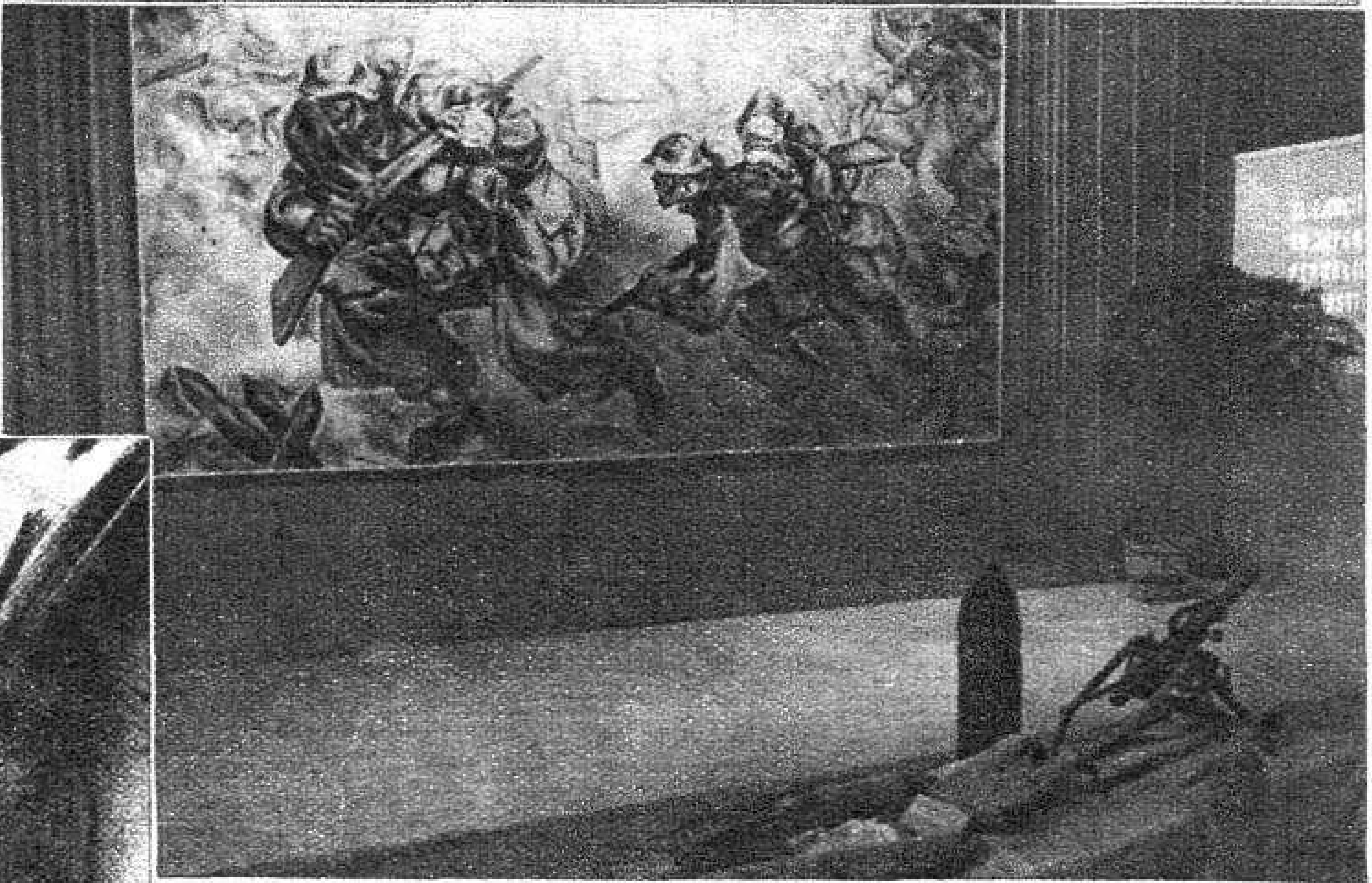
JOSE DE LA RIVA

# EL ARTE Y LA GUERRA

## Una Exposición de obras de combatientes en Madrid

## Una Exposición del Comisariado en Barcelona





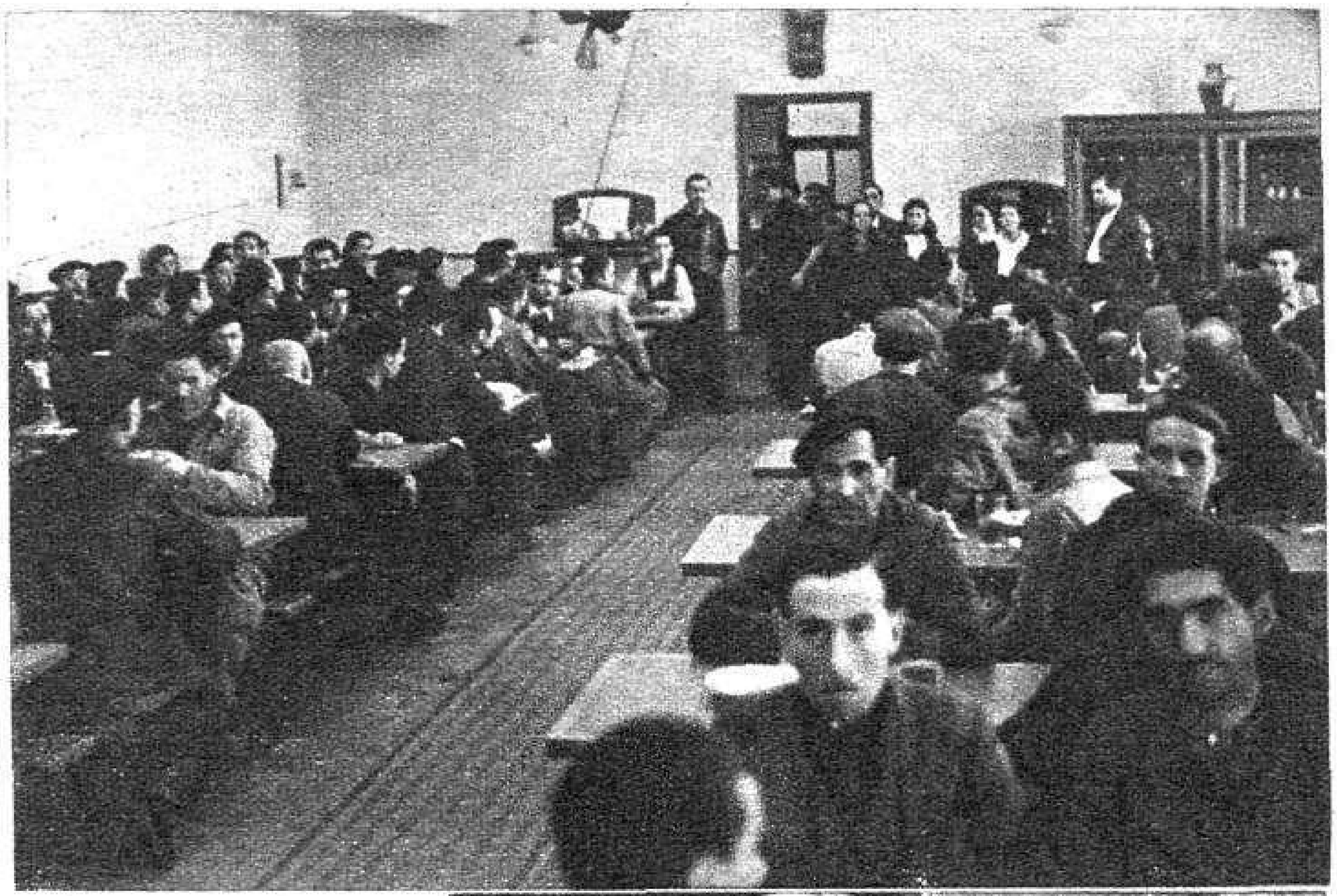
Dos aspectos de la Exposición de Guerra inaugurada recientemente en Barcelona por iniciativa del Comisariado de la 31 División del Ejército del Este. En esta Exposición se reproduce perfectamente la vida, la emoción y el ambiente en que se desevuelven los soldados en los frentes de lucha

«El regreso al pueblo», pastel, de Montejo, que ha figurado en la Exposición de Artes Plásticas y Musicales, organizada en Madrid por la Sexta División

«El evadido», pastel, de Lozano, que figura también en la Exposición de obras de combatientes, organizada en Madrid por la Sexta División

# S. R. I.

# La ayuda a los Comedores Colectivos de las industrias de guerra



El Comedor Colectivo de una de las industrias de guerra a que ayuda el S. R. I.

El S. R. I. estimula con su ayuda en víveres a los Comedores Colectivos de las industrias más directamente relacionadas con la guerra
(Fots. Videa)

Se repite a diario, en estas horas tensas de guerra, la consigna de que es necesario trabajar más y mejor. Se trata de llevar a todos la necesidad de que toda España vibre con un apasionado ritmo de producción. No hay actividad, por alejada que parezca de la guerra, que no esté ligada a ésta. Un taller, una fábrica, una oficina, una tienda, un huerto... En todo ello se trabaja para la lucha, aunque, a veces, la actividad desarrollada no tenga nada de bélica. Pero es que la guerra—se ha dicho también muchas veces—no es sólo el campo de batalla, la trinchera, el duelo de la ametralladora y del cañón. La guerra es también la serenidad en la retaguardia, el trabajo ininterrumpido, la normalidad posible bajo las condiciones que la lucha impone. Y por esto es por lo que se alza hoy ante el pensamiento de España, como una gran consigna, la necesidad de que todo marche y vibre con un apasionado ritmo de producción.

Desde que la guerra empezó, el S. R. I. vió claramente este aspecto del problema, y entre sus actividades múltiples desarrolló la de ayudar a los hombres que producen, a los que son también, bajo las naves de una fábrica o ante los útiles de un taller, combatientes en la gran batalla común.

Hoy, esta labor de ayuda al trabajador toma una nueva forma. El Socorro la había venido realizando en forma individual: una ayuda a cada trabajador de los que laboraban en esta o aquella fábrica. Ahora, la ayuda es colectiva, en bloque. Se da al conjunto de obreros que trabajan en determinada industria de guerra. Y consiste en un importante donativo de víveres con destino al Comedor Colectivo de esa fábrica o de ese taller.

Quiere ser este donativo un estímulo al sentido colectivista y solidario de los trabajadores (de los trabajadores más directamente ligados con la guerra). La creación del Comedor Colectivo—una de las necesidades impuestas por la lucha—tiene no solamente un sentido material, económico, práctico, sino también un valor de símbolo y de sentimiento. Uno de los signos de nuestra hora y de nuestra guerra es esa anulación de la personalidad del «yo», para fundirse en la emoción y en el dolor de todos. Es el momento de la solidaridad, de la gran tarea común, de la obra de todos y para todos. Por esto, el Comedor Colectivo es algo más que la resolución del cotidiano problema de la comida.

Y esto es lo que el S. R. I. quiere estimular con su ayuda a los Comedores Colectivos de los trabajadores de guerra. Hacer, una vez más, obra para todos. Hacer más hondo y fuerte en cada uno el sentido de la solidaridad.

En estos días, los hombres y las mujeres del Socorro llevan víveres a los que trabajan en las industrias más directamente ligadas con la lucha. En las pausas de la diaria tarea, cuando esos obreros hagan alto en su labor y se reunan en su Comedor Colectivo, en su ánimo se hará más firme, merced a esa siembra constante y fervorosa del Socorro, la idea y la emoción de la solidaridad. Y cobrará, una vez más, sentido para ellos el significado de esta hora y de esta guerra: se trabaja, se crea y se combate por todos. A un lado lo personal, lo minúsculo, lo particular. A un lado, el «yo». Es el tiempo de la solidaridad. Es la tarea, el esfuerzo y la emoción de todos para todos.

## Un compañero de Prensa Gráfica muerto en defensa de la República

**Un nuevo compañero de los talleres de Prensa Gráfica ha muerto en el frente de Teruel: Manuel García, que trabajaba en la sección de máquinas, y que desde los primeros días del movimiento combatió voluntariamente en las filas del Ejército popular. En cuantas acciones tomó parte nuestro camarada supo distinguirse por su gran valor. Hoy, en la hora de su muerte, le rendimos, cuantos fuimos compañeros suyos en Prensa Gráfica, el tributo de nuestro recuerdo emocionado**

# "La estúpida barbarie de la guerra"

# LLOYD GEORGE

## EN FRANCIA Y EN EL MARNE

LLOYD George, durante su actual permanencia en Francia, ha hecho una visita a la llanura del Marne. Allí, junto a la carretera de Varreddes, se alza el monumento que Norteamérica regaló a Francia para conmemorar la batalla que libró a París de la invasión teutónica.

En el monumento, una figura gigantesca de mujer—Francia—tiene sobre su regazo, y a sus pies, hijos de su sangre inmolados por la guerra.

La figura femenina simula estar dando un grito desesperado de alarma. Es el grito de aquel 6 de Septiembre de 1914. Dos semanas duraba ya la trágica retirada ante el invasor.

Francia, amenazada en el corazón, lanza un desesperado llamamiento a todos sus hijos. A ese grito, Joffre, el general, responde con una orden lacónica:

«Soldados, ha llegado la hora de no mirar hacia atrás. Cualquier tropa que no pueda ya avanzar deberá hacerse matar en el lugar donde esté.»

A ese grito, el general Galtieri contesta lanzando, camino del Marne, todos los automóviles de París repletos de hombres que van al triunfo o a la muerte.

Diez y ocho años después se celebra la inauguración del monumento a la batalla del Marne. Allí quedan, como el mejor canto, las palabras del entonces presidente del Gobierno de Francia, Herriot que dijo, con su voz robusta de lionés hercúleo:

«¿Dónde mejor que en este lugar se evocarían las crueles heridas, los daños sin número, de esa estúpida barbarie que se llama la guerra? Nuestro ideal será hacer siempre guerra a la guerra, combatiendo las injusticias, los despotismos, las ambiciones que la originan.»

No han transcurrido aún dos años, y Lloyd George, cuyo genio político no se engañó con las utopías pacifistas de los despotismos agazapados, habrá visto en la llanura del Marne que sobre la figura gigantesca—piedra blanca aureolada de epopeya—de la matrona que simboliza a Francia se ciernen, con giros acuciantes las bandadas de buitres siniestros que presagian otra vez la matanza, la «estúpida barbarie de la guerra».

Se matan los hombres en Asia, y en Africa, y en España.

El mundo se arma hasta los dientes Y con cruel ironía, entre dientes, canta a la paz.

Trágica hipocresía. Los trece millones de muertos que evocan el monumento del Marne no significan ya nada. Hablan inútilmente de la sangre vertida, de la tragedia consumada, de la iniquidad de ayer. Sus voces no se oyen. Las cubre el trepidar de las máquinas que construyen armas de guerra.

Además, una vieja balada lo dice: «Los muertos van de prisa». Y la Humanidad, también. Por aquellos trece millones de muertos hay hoy en pie treinta millones de hombres nuevos.

Y hay también aquellos grandes negociantes, aquellos caudillos imperialistas, aquellos generales despóticos, aquellas camarillas financieras, aquellos políticos venales, aquellos diplomáticos acobardados de hace veinte años... Y detrás de ellos, toda una Humanidad convulsa, con hambre de pan y de justicia.

Es decir, hay otra vez lo bastante para desencadenar de nuevo «la estúpida barbarie de la guerra».

Lloyd George, el gran demócrata, amigo de la España que lucha por su libertad, habrá sentido como una gran alucinación en su visita al monumento del Marne en estos días: le habrá parecido que, anulando el tiempo, la mujer simbólica que prestigia el monumento estaba lanzando otra vez, ahora mismo, el mismo grito de desesperada angustia que hirió antaño la conciencia de todos los hombres libres del mundo.

J. F.

---

### *Ocaso de un imperialismo*

# La MECA del CINE EN RUINAS

LA tensión dramática de la guerra aparta, lógicamente, la atención periodística de otros sucesos que en cualquier momento hubieran tenido en el mundo un eco sensacional.

Así ha ocurrido con las recientes, catastróficas inundaciones que han devastado la región sur de California.

Cientos de muertos, millares de heridos, escenas de espanto que rememoran el horror hecatómbico de las maldiciones bíblicas. Y Hollywood, la Meca del cine norteamericano, inundado, destruído por el alud líquido que en imponente catarata ha arrasado Estudios, teatros, fincas de recreo, *cotages* suntuosos, jardines de maravilla.

Hollywood, la gran mixtificadora, la ciudad de las mil caras, remedo de toda la Humanidad, falsa imagen de la Historia, *pastiche* de todas las verdades, plagio de todas las civilizaciones. Hollywood: la gran mentira, la bella quimera del mundo, moderna Babel, algarabía de lenguas, confusión de razas... En sus Estudios se imitaban todas las latitudes y se falsificaban todos los climas. Se fingían las lluvias torrenciales del trópico, y bajo una nevada de algodón corrían las troikas; los lanzahumos fingían nieblas norteñas, y los reflectores, soles africanos.

Hasta la Naturaleza, con sus ciegas violencias, contribuye al derrumbamiento de esa especie de imperialismo universal que ha significado el cine americano.

La catástrofe de Hollywood no es sino un episodio más, conducente al ocaso de un predominio industrial y artístico—llamémosle artístico—que el mundo venía padeciendo. Norteamérica ha impuesto al mundo, durante años, dos dictaduras: la de su oro y la de sus películas.

Y los dos colosos se tambalean al par el dólar siente abatido su prestigio insolente; palidece su sonrisa amarilla de amo egoísta, que creía poder vivir indiferente a la ruina y a la miseria del resto del mundo.

Y el cine avasallador, que cabalgaba por el Universo a lomos del dólar, empezó su crisis apenas Europa, sacudiendo el letargo económico en que la sumió la guerra, pudo alumbrar la vida del arte en sus ciudades próceres de civilización, de tradición, de historia... Europa encendió sus lámparas con óleos de cultura milenaria contra los falsos soles eléctricos de Hollywood.

Y en seguida se vislumbró el triunfo cinematográfico de Europa sobre América; de la tradición sobre lo advenedizo; de la herencia rica en abolengo y en espiritualidad sobre el nuevo rico escandaloso y espectacular.

Victoria de lo auténtico sobre la mentira advenediza. A las falsas ciudades improvisadas en Hollywood, Europa opone la verdad de sus urbes milenarias, doradas de siglos, ungidas de espíritu. La casi total destrucción de Hollywood hará llorar a las plañideras de oficio.

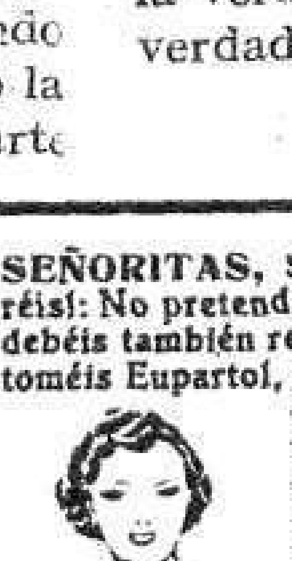
No se pierde nada. En Hollywood se entronizaba un imperialismo económico, un concepto burgués, frívolo y materialista de la vida; una egolatría vanidosa, que no quería enterarse de las hondas convulsiones que el dolor social produce en el resto del mundo.

Todo lo que Hollywood ha dado—en serie, naturalmente—: sus mujeres fatales, sus donjuanes deportivos, pertenece al *pastiche* humano; es una especie de bisutería mecánica con respecto al verdadero arte, porque en su culto a lo externo, a lo vanidoso—homanaje a los poderosos y a los felices de la tierra—, Hollywood olvidó toda inquietud humana, todo verdadero dolor, esa sangre auténtica de la verdadera realidad, sin la cual no hay verdadero arte.

J. F.

---

**SEÑORITAS, SEÑORAS:** ¡Un buen consejo que agradeceréis!: No pretendáis embelleceros sólo con productos de tocador; debéis también reconstituir vuestro organismo; para ello precisa toméis Eupartol, vigorizador único para el sexo femenino. Con el Eupartol desaparecerán manchas, granos, rojeces, espinillas, arrugas prematuras, vicios de la sangre; obtendréis un cutis limpio. Eupartol endurecerá vuestros senos, desapareciendo la flacidez y caimiento de éstos. ¡Eupartol, secreto de vuestra belleza! Eupartol cura molestias y desarreglos mensuales, devolviéndoos salud y hermosura. Madres, no abandonéis la edad crítica..., la pubertad de vuestras hijitas; ayudadles con Eupartol. Futuras madres, debéis tomar Eupartol desde el quinto mes; tendréis un rápido y feliz parto, hijos sanos y robustos (mejoraréis la raza). Muchas ya conocéis innumerables servicios prestados por este gran preparado; si lo ignoráis, probadlo y os convenceréis. **MATRIMONIOS INFELICES** por no tener hijos, tomando Eupartol los conseguiréis. Para detalles y folleto gratuito, escribir a Consultorio femenino y de belleza a cargo de doña Montserrat Fortuny, Laboratorios Eupartol, Claris, 57, Barcelona.



—¿Una mujer? ¿Y sabéis ya cómo se llama?

—No. Las noticias son escasas e incompletas. Se sabe que está en Francia, que trabaja yendo constantemente de un lado para otro. Sólo se ha conseguido de ella una fotografía muy mala, muy borrosa, que apenas sirve para la investigación. Fué hecha durante la estancia de esta mujer en Bélgica. Se cree que en Bruselas fué amiga de un militar belga, al que engañó. No sabemos su nombre exacto. Se la conoce con un sobrenombre curioso: *Mademoiselle Doctor*. Pero, en fin, dejemos todo esto y hablemos de nosotros mismos. ¿No te parece mejor?

—Tienes razón.

Ana María ríe alegremente ante su novio, en el rincón del café.

### Se busca a una espía

Al día siguiente de la conversación, en todas las informaciones oficiales se daba la noticia de que por el territorio francés estaba circulando una espía alemana, a cuya busca debían colaborar todos los ciudadanos de la República.

Se daban acerca de ella los informes que se habían podido obtener, y se publicaban las señas aproximadas.

Además, se ofrecía por su detención medio millón de francos.

## XIV

# ESPIONAJE CONTRA ESPIONAJE

### Una mujer a Burdeos

El mismo día en que las comunicaciones oficiales encarecen a todos la orden de buscar a una espía por la que se llega a ofrecer medio millón de francos, Ana María Lesser se ve con Constantino Coudoyanis. Le pide que envíe a su novia a Burdeos. La novia de Coudoyanis es bailarina, y allí, en Burdeos —dice Ana María—, podrá encontrar trabajo, porque en un *cabaret* de la localidad están precisamente buscando una artista de las condiciones de aquella muchacha.

—Allí—dice *Mademoiselle Doctor*—su novia podrá ir registrando los buques que lleguen. Podrá también realizar otros trabajos de interés. Es necesario que la convenza usted para que se desplace a Burdeos.

Coudoyanis trata de oponer cierta resistencia. Pero la seducción de Ana María es muy fuerte, sobre todo el que alguna vez se acerca a ella. Y el griego acaba accediendo a los deseos de su amiga.

En la noche de ese día, el griego y su amante están juntos en un *dancing*. Coudoyanis la confiesa su actividad de espía, que ella ignoraba hasta entonces. Hablan del viaje a Burdeos. Queda convenido que ella marchará a trabajar al *cabaret* en que hace falta una bailarina de sus mismas condiciones.

Envían un telegrama a Burdeos, al *dancing*. Telegráficamente es aceptada la oferta, pues la bailarina se ofrecía en unas condiciones excepcionalmente ventajosas.

A los cuatro días de aquella conversación entre Ana María y el griego, la novia de éste sale camino de Burdeos.

### La entrega de «Mademoiselle Doctor»

Cuando al siguiente día de aquella conversación confidencial en el café se encuentran de nuevo Ana María y su prometido, éste revela en su expresión una inquietud mayor aún que la de la víspera. El tema de la espía vuelve a sus palabras, obsesionante.

—Ha venido a nosotros un hombre—dice el oficial a su novia—que nos ofrece la entrega de *Mademoiselle Doctor*. Es un griego, un tal Coudoyanis. Le estamos vigilando, sin que él lo advierta. Pide como anticipo de la entrega cien mil francos, a cuenta del medio millón ofrecido. Me parece que se trata de un aventurero, de un hombre de cuidado.

—¿Y habéis quedado de acuerdo con él?

—Sí. Vendrá mañana, por la tarde, a nuestras oficinas para recoger los cien mil francos. Y por la noche nos descubrirá a la espía. Dice que sólo la había visto una vez en Berlín, y que ahora, en París, la ha reconocido.

Ana María se acerca más a su novio, apretándole el brazo. Le mira amorosamente y le pregunta:

—¿Estarás tú delante cuando detengan a esa espía? ¿Estarás mañana de servicio?

### Esa noche...

Ana María cita para la noche a Coudoyanis en un café.

El griego sale de su casa, y se dirige, cuando se acerca la hora, al lugar convenido.

Camino del café, el griego se ve alcanzado por un coche, que se detiene junto a él, y del que desciende Ana María.

Esta le habla presurosamente y le entrega un sobre.

—Mañana—dice la mujer—, a las siete de la mañana, le esperará a usted en el Bar X un agente alemán. Entréguele el sobre, y él le dará a usted, como gratificación especial, cincuenta mil francos.

Pocas palabras más. Ana María le encarece que no deje de estar, a la hora señalada, en aquel bar de las afueras de París. En seguida se despide de él.

Observa, cuando se ha separado de Coudoyanis, que alguien la sigue. Contaba ya con ello. No le es difícil, escondiéndose entre la multitud, esquivar aquella persecución.

### Una carta sensacional

Esa misma noche, muy poco después, a los despachos del Contraespionaje llega algo que impresiona a los altos jefes del Servicio.

Se recibe una carta urgente, anónima, escrita a máquina. Es, según sus renglones, de un buen francés que ama a su patria; pero que no se atreve a firmar con su nombre por miedo a las represalias que contra él pudieran ejercer los agentes alemanes.

En esa carta se asegura que el griego Constantino Coudoyanis es un espía al servicio de Alemania. Y se ofrecen las pruebas para confirmarlo. Si el Contraespionaje francés quiere convencerse de lo que en la carta se afirma, bastará con que destaque unos agentes a determinado bar de las afueras de París, a las siete de la mañana del día siguiente. En ese establecimiento encontrarán a Coudoyanis, que llevará una carta con importantes noticias a un agente alemán, llegado especialmente a París para obtener determinadas informaciones.

**En el próximo número: XV. - EL FINAL DE UN ESPÍA**

*Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados*

## Tierra propia

El camarada Juan Francisco combatió con nosotros cuando la batalla de Brihuega. En aquella ocasión memorable cayó herido cuando avanzábamos desplegados en guerrilla, a campo traviesa, a uno y otro lado de la carretera, por la que huían a la desbandada las tropas invasoras. Una bala le atravesó el muslo derecho. Se le trasladó a una ambulancia, y ya le perdimos de vista durante mucho tiempo. La herida era tan grave, que el valiente camarada quedó inútil. Por carta suya supimos que estaba hospitalizado en un pueblo de Levante; que habían tenido que amputarle la pierna, y que su convalecencia era larga y penosa. La guerra, en que se funde todo: recuerdos, costumbres, afectos... La tensión de cada día parece borrar en nosotros el pasado, porque en la guerra todo es presente, todo es el momento que vivimos... Pasó el tiempo, y ya había casi olvidado a aquel buen compañero, del que no volví a recibir noticia. Hace pocos días venía yo hacia Madrid, en una misión de mi servicio. En la carretera había un coche de turismo parado, y en cuyo conductor reconocí a un antiguo compañero de taller. Me detuve para saludarle, y vi que no lejos del camino, dentro del sembrado, había otro camarada. Era un inválido, apoyado en muletas, que avanzaba dificultosamente por los surcos. Detrás de él, un campesino de los que laboran aquellas tierras le miraba con afectuosa compasión. Grande fué mi alegría cuando en el inválido reconocí a Juan Francisco. Nos abrazamos, y él, con gran emoción, me explicó la causa de su estancia allí.

—Ha sido—me dijo—un capricho que desde hace mucho tiempo me acuciaba. Venir a ver el sitio donde caí herido. Bobadas de enfermo, ¿verdad? Pero no he parado hasta conseguirlo, gracias a este camarada que en Madrid se ofreció a traerme. Aquel día yo creí que no lo contaba. Los minutos que estuve caído fueron siglos, algo inolvidable. Y ahora que, salvo la falta de la pierna, me encuentro bien, he querido recordarlos ahí mismo. He estado hablando con el compañero que labra este pedazo. Tiene sembrado trigo. El sitio donde caí es fácil de reconocer por aquel pedrusco que se ve entre los surcos. Y he pedido a ese compañero, y él me lo ha prometido, que me guarde unas cuantas espigas de las que nazcan en ese sitio. Moleré esos granos en mi casa. Se me ha ocurrido que yo tengo un derecho a comer esa harina, porque la tierra es mía. ¿No te parece?

La gané yo, regándola con mi sangre; la removí con mis manos crispadas de dolor. Y es mía, ¿verdad?

Oí a mi camarada emocionado. Y pensé que en aquel capricho de enfermo tal vez se encerraba una de las más profundas razones de esta lucha que sostenemos. Porque en ella, con nuestra libertad, estamos todos ganando el derecho a nuestra tierra, el derecho a nuestro pan, derecho sagrado que el pueblo está conquistando con el riego de su sangre.—Elpidio Carrillo».

## El retrato

«Durante la ofensiva leal sobre Teruel se dió, como es sabido, la orden de evacuar a la población civil de los lugares por donde nuestras tropas avanzaban, para ponerla a salvo de los riesgos de la lucha.

Entre los evacuados de un pueblecito que teníamos la orden de auxiliar en su éxodo, facilitándoles, en cuanto pudiéramos, la marcha, salió una ancianita que despertó mi curiosidad, porque, a diferencia de otros vecinos, no había sacado de su casa ningún objeto, ni ropas, ni nada más que un cuadro, que apretaba contra su pecho codiciosamente.

Los demás evacuados cargaban con cuanto podían llevar: ropas, enseres, herramientas, aves y sacos con provisiones. Me chocó que la viejecita sólo llevara aquel cuadro, que apenas podía sostener, pues era de regular tamaño, casi de un metro de alto.

Al subir al camión le pregunté si no tenía nada que llevar que pudiera serle necesario, y ella, entonces, me mostró el cuadro: era, en una de esas ampliaciones al lápiz que tienen un aire de ingenuidad, el retrato de un muchacho, con uniforme de Infantería, que aparecía apoyado en un sillón. Tenía en la mano derecha el ros, y en su apostura, ese empaque un poco afectado que generalmente adoptan los que no están habituados a fotografiarse.

La anciana, cuando me hubo dejado ver el retrato, me dijo:

—Es lo único que me interesa en el mundo. Ahí quedan la casuca, y los cuatro trastos, y la ropa. No me importa dejarlo todo. Donde vaya, siempre habrá un hueco para una vieja. Ahora, de este retrato de mi hijo no me separaré mientras viva. Es todo lo que tengo en el mundo. Ya ni a él siquiera. Cuando empezó la guerra se fué voluntario a las Milicias, y murió a las pocas semanas, en el frente. Este retrato de cuando estuvo en el servicio es lo único que me queda de él. Si cargara con otras cosas, no podría con el retrato, y yo no podría vivir sin verlo.

Y la anciana, con los ojos llenos de lágrimas, besó sobre el cristal el rostro de la figura juvenil y estrechó de nuevo contra su pecho el cuadro, con un gesto de codicia, como un avaro a su tesoro.—Santiago Montejo Ruiz».

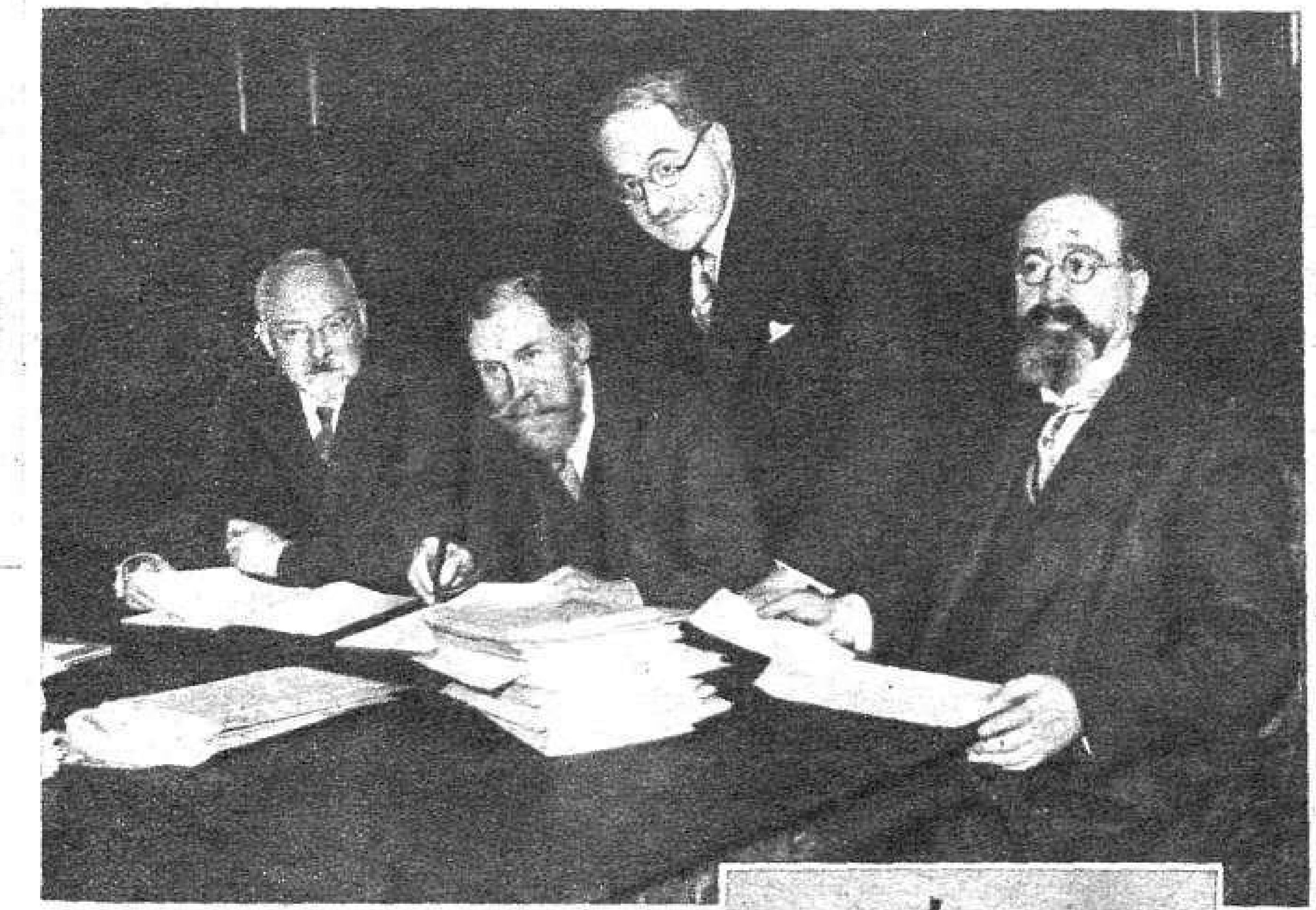
Señora: RECUERDE MENSUALMENTE
PERLAS FEMI
SIEMPRE BENEFICIOSAS PARA LA SALUD
DE VENTA EN FARMACIAS
Por correo certific. Ptas. 14.50 a Dr. Viladot - Cjo. Ciento, 303 Barcelona

espectáculos
CAPITOL
¡TODOS LOS DIAS!
La gran sensación de color
El bailarín pirata
por CHARLES COLLINS
y STEFFI DUNA
Es un film RADIO naturalmente
AVENIDA
CENTRO FILMS
F.R.I.E.P.
CNT
2.ª semana
NUESTRO CULPABLE
creación de RICARDO NUÑEZ
y CHARITO LEONIS
Un gran film español
TIVOLI
Gran éxito de la sensacional superproducción
La ULTIMA AVANZADA
CREACION DE Cary Grant
PALACIO DE LA MÚSICA
TRIUNFA TODOS LOS DIAS EN SU 5.ª semana
Suzy
con JEAN HARLOW, FRANCHOT TONE, CARY GRANT y LEWIS STONE
Calatravas
El formidable film de extraordinario éxito
La vida futura
MADRID-PARÍS
Entra en su 3.ª semana
Adán sin Eva
con Robert Montgomery y Myrna Loy
DURRUTI
GRANDIOSO EXITO DE LA EMOCIONANTE PELÍCULA
COMPÁS DE ESPERA
con
Richard Barthelmes, J. Morrison Y G. Michael
PARDIÑAS
TODOS LOS DIAS
EL MESON DEL PATO ROJO
Opereta "ballet" de gran espectáculo
Exito de toda la Compañía

*Ha sido subastada en Londres una colección de cartas de Napoleón*

# La expedición a Inglaterra y la boda con María Luisa

50



**Ved en esta fotografía, a la izquierda, a Mr. Ernest Maggs, que ha comprado, para ofrecérselas al Estado francés, las cartas de Napoleón, subastadas en Londres. Esta fotografía fué obtenida cuando Maggs compró, por encargo del Gobierno francés, otra colección de cartas del emperador, dirigidas a María Luisa. En pie, el director de la Biblioteca Nacional de París.—A la izquierda de la página, un grabado del emperador y, a la derecha, la firma de Napoleón y de María Luisa en el acta de sus bodas**

## Bonaparte y sus cartas

En Londres, en el Salón Setheby, acaba de ser subastada en 2.479 libras esterlinas una importante colección de cartas cruzadas entre Napoleón y el mariscal Berthier, que sirvió en el Ejército del Emperador.

De Napoleón se han conservado numerosas cartas. Y eso que, sobre todo en la primera parte de su vida, según cuenta su secretario particular, Bourrienne, no abría «más cartas que las llegadas por correos extraordinarios, para convencerse de que se escribía demasiado, perdiendo, en tontas e inútiles respuestas, un tiempo precioso. Bonaparte me dijo que dejara sin abrir las cartas durante veintiún días. Transcurrido ese tiempo, las cuatro quintas partes de las cartas habían sido contestadas. He aquí cómo: unas eran respuestas para las que habíamos escrito; otras eran peticiones ya concedidas, y de las que no habían tenido noticias; varias estaban llenas de quejas acerca de los víveres, del sueldo o de la ropa, acerca de lo cual se habían dado órdenes antes de la recepción de las cartas. Varios generales pedían refuerzos, dinero, ascensos, etc., y no abriendo estas cartas, nos habíamos ahorrado el disgusto de la negativa».

## Berthier

La mayor parte de estas cartas subastadas ahora en Londres se refieren a dos puntos importantes de la vida del emperador: la proyectada invasión de Inglaterra y la boda con María Luisa de Austria.

Berthier era uno de los generales más estimados por Napoleón. Estaba siempre en su puesto, al tanto de todo. Conocía perfectamente el emplazamiento de todas las fuerzas, los nombres de los jefes, los contingentes con que contaban. Siempre estaba dispuesto, de día como de noche, y dictaba con claridad todas las órdenes que se derivaban de la orden general. Era, en fin, un gran jefe de Estado Mayor. Tal era la confianza que tenía en Bonaparte y su admiración por él, que no se hubiera permitido nunca contradecir sus planes.

Cuando, en 1796, Bonaparte dió al Directorio su opinión sobre los generales de su Ejército, dijo: «Berthier: talento, actividad, valor, carácter».

## Cuando Napoleón quería invadir Inglaterra

En estas cartas de ahora, Bonaparte comunica a Berthier sus planes para la invasión de Inglaterra y, después, las razones que le obligaron a no llevarla a cabo. Napoleón estaba ideando siempre gigantescos planes militares. Siempre creyó posible una invasión de Inglaterra; pero, al mismo tiempo, *funesta* mientras Francia fuese inferior en Marina. Y hubo un momento en que la ocasión —así lo juzgaba él—se presentó favorable para su extraordinario plan, y las circunstancias podían compensar la inferioridad de su Marina. Aprovechando la partida de las flotas inglesas hacia el Mediterráneo, por la inquietud que produjo la expedición napoleónica a Egipto, Napoleón quería dirigirse súbitamente hacia las costas oceánicas, para desembarcar en Inglaterra. Para él hubiera sido magnífico fechar una orden del día junto a las ruinas de Menfis, y otra, a los tres meses, en Londres. Pero el temporal deshizo estos propósitos, y aquella idea atrevida—que recuerdan hoy las cartas subastadas—quedó en un gigantesco sueño truncado.

## La boda con María Luisa

Las otras cartas son sobre su boda con María Luisa. El general Berthier fué en aquella ocasión enviado extraordinario en Viena para pedir la mano de la novia. Napoleón habla a su general en esas cartas de lo que para él significa, políticamente, aquella boda con la hija del emperador de Austria. Equivaldría a darle, entre los soberanos de Europa, el rango que, pese a todo, no había tenido, porque sólo veían en él al soldado.

Berthier hizo su entrada en Viena el 5 de Marzo. El día 8 fué recibido en audiencia solemne por el emperador. El día 11 se celebró el matrimonio por poderes, y el 13 salía la desposada camino de Francia, con una comitiva de trescientas personas, acomodadas en ochenta y tres carruajes.

La boda se celebró el 2 de Abril de aquel año de 1810. El emperador—supersticioso, como buen corso—juzgaba siempre como de buen augurio el día 2 de cada mes. Tenía sus razones para ello. El 2 de Agosto de 1802 fué nombrado cónsul vitalicio; el 2 de Diciembre de 1804 se coronó emperador; exactamente un año más tarde ganó su mejor batalla, la de Austerlitz. Un día 2, también, celebró su matrimonio con la archiduquesa María Luisa de Austria.

* * *

La guerra, la política, el amor... Todo ello está en las cartas que se acaban de subastar en Londres. La Casa Maggs ha adquirido las más importantes, y se propone entregarlas a Francia. A una distancia de más de un siglo, la figura de Bonaparte continúa apasionando al mundo, en una hora que es, como aquellas del tiempo del gran corso, de guerra, de ambición y de preccupación.

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid